



EL VOLUNTARIO

Por Antonio FERRES

Para Manolo Millares

HABIAMOS permanecido todos los hombres —mucho tiempo— a pie firme en la explanada de tierra negra, cuando llegó el capitán ayudante y el teniente encargado de la instrucción de los voluntarios.

Yo no conocía a ninguno de mis compañeros. Venía de mi pueblo, allá en el Sur. A un lado del campo de instrucción había un talud cortado a pico, encima del cual sobre-

salían los basaltos y las bocas de la artillería antiaérea.

Los oficiales y el sargento anduvieron, lentamente, delante de nuestras filas. Al otro lado de la explanada había un campo de lavas viejas, clavado de tuneras salvajes de fruto rojizo. Era una pina ladera. Cuesta abajo se llegaba a la muralla del recinto militar, y —desde donde estábamos— veíamos moverse a los

centinelas a la puerta. Allí, al pie de la muralla, empezaban las primeras casas del barrio del Puerto: un pueblo de casas enjalbegadas reverberantes de luz.

—Descanso... ¡Arr!—gritó el teniente.

Puse la mano y dejé caer el pie, igual que había visto hacer a los primeros de la fila. Yo desde luego estaba descalzo y llevaba un traje

en andrajos. Pero más vergüenza me daba de mi altura, y de que mi cabeza asomara por encima de las cabezas de los otros voluntarios. Miré a los oficiales más tranquilo, y también me di cuenta de que por la hondonada un centinela perseguía a unos chiquillos, entre las tuneras y la tierra de picón.

El capitán se acercó más a las filas. Eramos una treintena de hom-

bres, casi todos mal vestidos, aunque sólo tres o cuatro estábamos descalzos. Luego supe que iba fijándose el capitán —a lo mejor— en esas cosas militares: el porte marcial, el pelo, los ojos al pelo, las cicatrices, los que valíamos para gastadores, los presuntos asistentes, el sobrino de no sé quién —que fue sólo por las mañanas durante el período de instrucción—, los buenos, los malos, los banderas, los que no habíamos comido caliente, los del puerto. Miré cómo el centinela traía al chico cogido por la muñeca. Venían los dos doblados hacia adelante por la cuesta.

Era un chico que yo había visto correr hacia rato, como un demonio, uno que se quedó mirando a mis andrajos y hasta me siguió un buen trecho cuando yo subía camino del cuartel. También iba descalzo. Tenía la camisa rasgada, manchada con el jugo rojo de los tunos. Y yo pensé que tendría todavía la boca llena de ese sabor agrio; porque conocía yo el sabor de todos los frutos silvestres, hasta de estos tunos rojos que decían que no eran comestibles. De chico, a mí me sabían distintos los tunos de cada mata y los de cada sitio. Sabían como a tierra de picón, a lavas y a tormenta.

El teniente se alejó gritando hacia donde venía el centinela con el chico. El capitán tenía la cabeza vuelta, mirando medio en broma, medio encorajinado.

—Téngale hasta la tarde en el calabozo. Que aprenda. ¡Leñe de ladrones! Por robar no saben ya el qué.

Yo tenía los ojos llenos de sol. Me daba pena de los chicos del Puerto, que, como no vivían en el campo, solamente podían robar aquellos tunos agrios y que ni siquiera de papayos, con su sabor fresco y harinoso, podrían llenar la tripa. Me gustaba entonces el campo agrandándose cerro tras cerro hasta hundirse en el mar. Y menos aún pensaba nunca que fuera a reengancharme una y otra vez en el ejército para ganarme así la vida.

—Sargento, lévelos al vestuario. Habla el capitán como los «godos» (*), y se fue murmurando por lo bajo con el teniente.

Me dieron unas botas, que yo llevaba colgando en la mano, cogidas por los cordones. La tela de mi uniforme era de hilos gruesos, más fuerte que el pantalón medio roto que yo traía puesto. El sargento también llevaba el cinto oscilando en la mano y lo sacudía amenazándonos.

—Ponte el terno y a formar, bobo—me dijo.

Corrí, descalzo aún, dentro del barracón. Desde las ventanas sin cristales se vía el jardín del Cuerpo de Guardia, donde había el brocal blanco de un pozo simulado, sin agua, y unos tilos escualidos, traídos hasta allí desde sabía Dios dónde. Iba yo murmurando: «Sí, caballero. Sí, caballero». Me puse el uniforme: los leguis, la sahariana y las botas, de prisa, huyendo de los correazos y de la risa del sargento.

—Sí, mi sargento. Corrí, detrás de los últimos, hasta llegar al jardincillo y, dando la vuelta al brocal del pozo sin agua, me coloqué otra vez en la fila. Me pasé un rato mirando a lo lejos, detrás de las casas y barcos del barrio del Puerto. Desde donde estábamos en formación, hasta se veía un trozo

de mar, por encima de las casas últimas de la Isleta.

Estábamos en posición de «firmes», pero me fijé en el chico que robaba tunos silvestres, de los que había detrás de la muralla del recinto militar. Nos cruzamos las miradas, desde la puerta del calabozo a las filas. Tenía la cara simpática, la mocha al rape y las canillas de las piernas finas como cañas. El chico estaba justamente frente a mí, asomado a la puerta del calabozo. Noté que me miraba con envidia a las botas. Yo, siendo chico, también tenía envidia siempre de las botas de los soldados y de los zapatos que llevaba la gente de la ciudad: el personal de Los Llanos y los señoritos de Telde, allá abajo, en la plaza con tantas sombras de laureles. Me paraba entonces a mirar los precios de los zapatos color negro y canela en los escaparates de las peleterías.

El teniente venía braceando, estirado, del Cuerpo de Guardia. Y el sargento fue y le salió al paso, saludando.

—Están todos los que van a pernoctar en el cuartel, mi teniente.

Continuamos todos firmes. Tenía yo todos mis músculos en tensión, para hacerlo bien. Ya no miraba al chico de los tunos.

—Derecha... ¡Arr!—dijo el teniente.

Vi, con el raballo del ojo, cómo el teniente regresaba desganadamente hacia el Cuerpo de Guardia, y me di cuenta de que el chico estaba mirándome todavía desde la puerta del calabozo.

Un centinela iba y venía, pasaba incesantemente junto al jardín para los oficiales, arrimado a la sombra del barracón. Rozaba el muro buscando la sombra. El chico no le hacía ningún caso. De seguro que sólo pensaba en mis botas negras y en mi uniforme.

Nos alejamos. Habíamos arrancado de un golpe todos a una. Caían los pasos, seguidos, arrastrándose.

—Ese paso, ¡ese paso!

El sargento corría casi a mi lado. El oficial estaría detrás, mirándonos desde la puerta del Cuerpo de Guardia. El sargento se colocó cerca de mí. Yo había perdido el paso e intenté recuperar el movimiento de las filas. Estaba intranquilo y tenía mucha vergüenza. Vela mi sombra tan nueva, y me molestaban las duras botas y el baile de la borla sobre la frente. Me arañaba la vergüenza, quemándome debajo de las orejas.

—Sí, caballero. —Alto... ¡Arr!

La sombra del sargento adelantó hasta mucho más allá, vertiginosamente. Llegaba hasta muy lejos la sombra, pero noté la respiración jadeante del sargento a mi lado.

—No sabes andar—me dijo. Tropecé con el pie del sargento y di un paso tambaleándome.

—¡Sal de la fila!

Noté que perdía el calor de los otros. Aunque no conocía a ninguno de los voluntarios, me parecían amigos. Yo era ya uno de ellos, y pensé que el chico de los tunos seguiría mirándome. Podría irse dentro de poco por ahí, cuesta abajo, por la tierra azul de picón, y llegar hasta el puerto, en el que varaban los barcos, donde a veces suena el golpe de una ola, como si hubiera saltado un pez grande. Di unos pasos, mis ojos cegados por el sol, hasta llegar cerca del sargento. No le miré. Quedé con la cabeza baja, mirando al suelo.

—¡Saluda! Levanté la mano derecha para apoyarla en la sien. Incliné más bien la cabeza hasta reclinarla tímidamente en mis dedos. Tenía la cabeza torcida y permanecí rígido, con los ojos entornados, y rojo de vergüenza.

El sargento estuvo unos segundos frente a mí, aunque sin mirarme apenas.

—A ver si aprendes solo, bobo. Baja esa mano. De frente... ¡Arr! Marché en solitario, callado, y aguantando las miradas de los otros reclutas. A lo lejos se perdía el campo gris de lavas.

—Derecha... ¡Arr! ¡Un! ¡Dos! ¡Un! ¡Dos!... ¡Izquierda... ¡Arr!

Me movía con precipitación, delante de los gritos del sargento, y procuraba estar bien atento.

—Alto... ¡Arr!

Tardé un instante en comprenderlo, pero, al fin, me quedé quieto esperando otra vez la orden del sargento, y murmurando por lo bajo: «Sí, caballero», «Sí, caballero».

—Vete a tu sitio—dijo.

Volví. Entré precipitadamente, y sentía como nunca el calor de los otros voluntarios.

El sargento miraba en dirección diagonal, a lo lejos, hacia el Cuerpo de Guardia, por ver si estaba el teniente. No había nadie.

—De frente... ¡Arr!

...

El chico vio llegar a los voluntarios. Se asomó a la puerta del calabozo. Estaba aburrido, y observó cómo las filas se detenían delante del Cuerpo de Guardia.

Me dolían los pies. Sin embargo, continué en esa postura próxima a la de firme, mirando al mar lejano, tras las terracetas del barrio del Puerto.

El mar estaba más oscuro por la tarde, y parecían más blancas las casas. Un barco dejaba una raya de espuma, y me puse a recordar cuando, siendo chicos mi hermana y yo, subíamos a un cerro, y luego a otro, después de cruzar por entre las lavas los barrancos secos. Veíamos las palmeras aquí y allá, desperdigadas por el campo, y un aire espeso, como polvillo de harina, volando sobre los banales de plataneras. Detrás estaba el mar. Nos agazapábamos, y yo le preguntaba a mi hermana si ella, por tener tres años más, sabía cómo se habían apagado tantos volcanes. «Un día se encenderán», me decía ella. «El fuego se entierra, y luego sale otro fuego, igual que pasa con las simientes de los tunos.» Había muchos tunos, agrios, rojos, como los que cogían los chicos de la Isleta. Pero sabían distinto los de un barranco a otro, como son distintas las caras de las personas. Torcí la vista para mirar al chico.

El sargento me miró. Se acercó y, sin decir palabra, me puso las manos en los hombros, apretándome con rabia. Me colocó apretándome los brazos contra el tronco y los muslos.

Me quedé así, con los hombros caídos, y mis brazos soldados al cuerpo rígido. Las palmas grandes de mis manos apretándome en los muslos. Estaba nervioso, contando el tiempo y los latidos de mis sienes, pero pude ver otra vez que el muchacho seguía mirándome desde la puerta del calabozo, y pensé que le soltarían esa noche, todo lo más tarde.

El sargento se alejó de prisa, casi corriendo, para darle la novedad al oficial.

Me puse a observar con más tran-

quilidad al chico que robaba tunos. Sonreía el chico viendo cómo nos rebullíamos los voluntarios, y dio un paso hacia adelante, desde la puerta del calabozo, haciéndonos gestos.

Vi salir al oficial y al sargento por la puerta del Cuerpo de Guardia. Todos estiramos los brazos más aún, los dejamos más pegados al cuerpo, con las palmas de las manos lisas, y pegadas al pantalón.

A la mitad del camino, el teniente se detuvo y volvió la cabeza para mirar al chiquillo, que se reía desde la puerta del calabozo.

—¿Pero está todavía ahí ese chico? ¡Echenlo a la calle! Que aprenda. El sargento volvió sobre sus talones.

—Largo, chico, puedes irte. El teniente continuó otros cuatro pasos, acercándose a las filas, y se paró en seco delante de nosotros. Alzó la cabeza, y arqueó los brazos para mandar.

—Rompan filas. ¡Arr!

Salimos corriendo cada uno por nuestro lado, rápidamente. Entonces no nos conocíamos ninguno de los voluntarios. Por eso acortamos el paso, mirándonos los unos a los otros, por encontrar un compañero con el que poder charlar.

Me di cuenta de que el chico descalzo venía a mi encuentro. Estaba cerca, con las manos abiertas, y miraba sonriente a mi traje caquí, y a mis botas nuevas, llenas de polvo. Le puse la mano en el pelo, y el chico aprovechó para tocar la tela de mi uniforme.

—Son malas y duras, cristiano (*) —le dije—. Cristianito, coge un barco y vele.

(*) Apelativo que se dan los campesinos canarios.



(*) Nombre que los canarios dan a los españoles peninsulares.